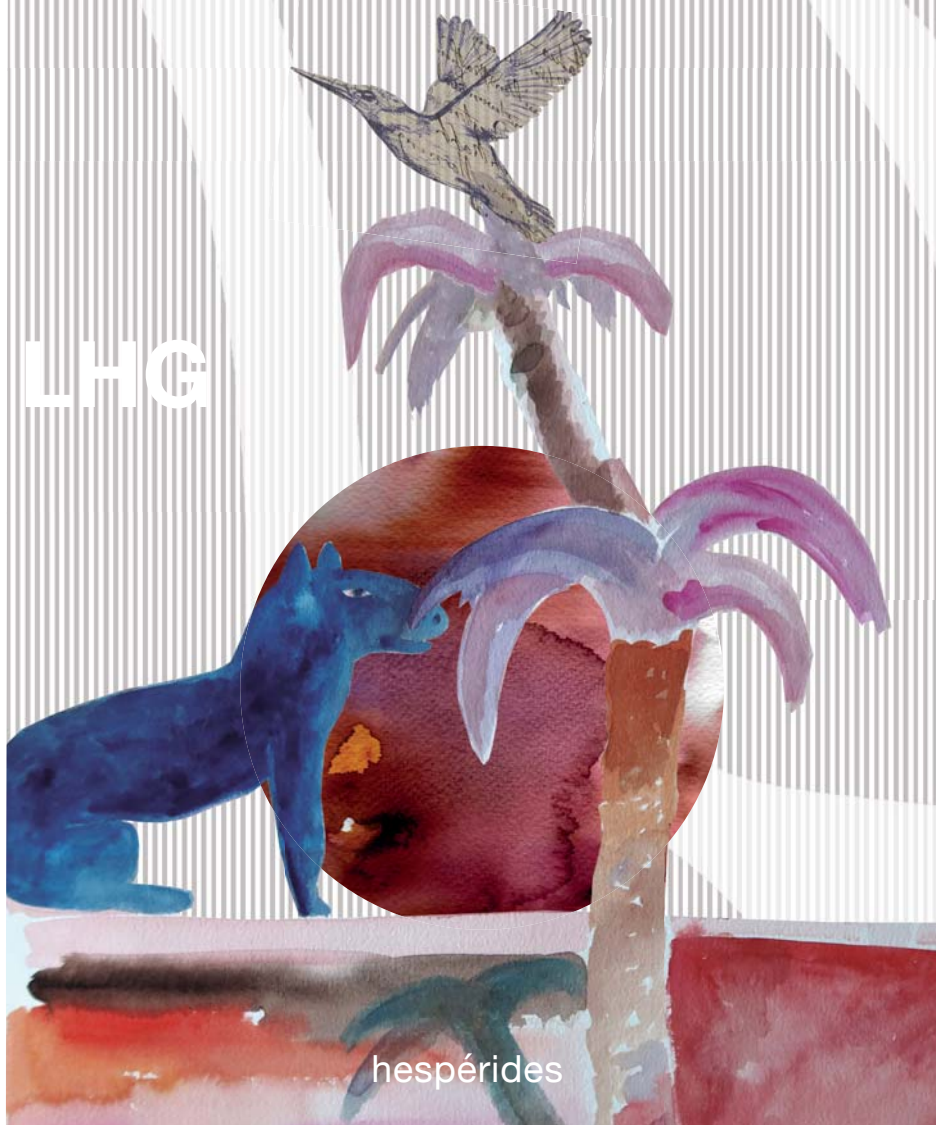


Iván Cantos

El maestro de la soledad

LHG



hespérides

IVÁN CANTOS

El maestro de la soledad



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2021

© De los textos: Iván Cantos

Madrid, 2021

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-91-4
D.L.: M-5821-2021

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

A mi mujer (Y en ella todas las mujeres)

A mis hijos (Y en ellos todos los hijos).

Yo solo creería en un Dios que supiera bailar.

Friedrich Nietzsche

Y visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera
y cuarta generación de los que me aborrecen.

Éxodo 20:5

Índice

PRIMERA PARTE

Uno.....	17
Dos.....	21
Tres.....	23
Cuatro	25
Cinco	27
Seis.....	33
Siete	39
Ocho	45

SEGUNDA PARTE

Uno.....	51
Dos.....	57
Tres.....	65
Cuatro	69
Cinco	73
Seis.....	77
Siete	81
Ocho	85
Nueve.....	89
Diez	93

Once.....	97
Doce.....	103
Trece.....	105
Catorce.....	109
Quince	113
Dieciséis.....	115
Diecisiete.....	119
Dieciocho	123
Diecinueve.....	127
Veinte	131
Veintiuno	133
Veintidós.....	137
Veintitrés.....	143
Veinticuatro.....	149
Veinticinco	157
Veintiséis.....	161
Veintisiete	165
Veintiocho	171
Veintinueve.....	173
Treinta.....	177
Treinta y uno	179
Treinta y dos.....	181
Treinta y tres.....	185
Treinta y cuatro.....	193
Treinta y cinco	197
Treinta y seis.....	199
Treinta y siete	203

TERCERA PARTE

Uno.....	207
Dos.....	209
Tres.....	211
Cuatro.....	215
Cinco.....	219
Seis.....	221
Siete.....	223
Ocho.....	225
Nueve.....	231
Diez.....	233
Once.....	235
Doce.....	239

FINAL

Uno.....	243
Dos.....	247
Tres.....	251
Cuatro.....	261
Cinco.....	263
Seis.....	265
Siete.....	269
Ocho.....	273
Nueve.....	277
Diez.....	281
Epílogo (O cómo la vida sigue).....	285

PRIMERA PARTE

Cuando Juan nació, la madre tuvo una fuerte náusea. Ni siquiera el dolor sobrepujo a la oleada de estremecimientos que nacían del centro de su estómago.

La enfermera le presentó al niño, el niño lloraba con los ojos cerrados y tiritaba enseñando unas encías sin dientes.

La madre se quedó mirando un hilillo de sangre anaranjada que cruzaba la barbilla del recién nacido. Pensó: «¡Qué he hecho!». Y sintió cómo se le oprimía el corazón. Le habían dicho que un hilo de amor, que ya nunca se rompía, saldría de su boca en forma de besos; que acogería al niño entre ardorosas nubes imaginarias.

El amor era natural en todas las madres. El amor, el beso, el abrazo... Todo eso llegaría, eso era lo natural. Durante el embarazo, a veces sentía una felicidad que le subía desde el centro del estómago, en un cosquilleo, como una torrentera. Una alegría irracional o absurda la arrastraba de abajo arriba y entonces dejaba lo que estuviera haciendo y se ponía a caminar por la habitación hasta calmarse. Sabía que un exceso de alegría era tan peligroso como esos charcos negros de tristeza en los que frecuentemente metía los pies, cuando la angustia se le agarraba a los tobillos como una ambigua y oscura mano.

El médico le había prevenido contra esas “pasiones”, así las llamaba, “pasiones húmedas”, dijo una vez, causando en ella una cierta sensación de ofensa que se cuidó mucho en ocultar.

Pero el amor no vino nunca. A veces la madre se quedaba en silencio, mirando al niño que dormía respirando quedamente, quizá en otro plano de existencia, soñando en extraños y ajenos espacios infantiles.

Ella lo miraba y no sentía nada, solo una ligera preocupación, sorprendida aún de ver a esa criatura que, de alguna manera extraña, resultaba ser su hijo. Pensaba que aquello parecía también un sueño. Las cosas ocurrían así, sin un verdadero plan, o mejor dicho, un plan absurdo y mal pensado como el de que un niño en casa salvaría el matrimonio. Pero nada había ocurrido según lo esperado. El amor no había llegado y Víctor, su marido, seguía viniendo tarde del trabajo, oliendo a alcohol y a un perfume dulzón y empalagoso que nada podía disimular... Y sus mentiras piadosas..., pero ¿qué era aquello? La muerte de todo; una muerte innoble, ridícula, de otro matrimonio más. Todo era feo, sin gracia, falto de originalidad, porque Víctor era un hombre débil, un niño al que la vida había mimado y no le había obligado a crecer.

¡Qué ridiculez! Pensaba la madre, y se sentía expuesta, desnudada en público por las torpezas de su marido. En boca de todas las amigas del club. Era otra más... Algunas dejaban de ir y simplemente desaparecían.

Ana se despertaba hacia las tres de la madrugada, con ideas brujas que daban vueltas obsesivamente en su cabeza, una y otra vez, y ya no podía dormirse. Encendía la luz de la mesilla, acariciaba con la vista el tejido de seda que cubría las paredes; de un color azulado que hacía aguas como el moaré. El orden, la limpieza... Todo daba una cierta sensación de seguridad. Ella se daba cuenta de que su relación con Víctor había sido una cuestión de circunstancias, no había nada real. Creer en el amor era una ingenuidad. Tocar, abrazar, besar... tenía un lado inquietante;

tan real..., tan horriblemente cercano... Había algo incontrolable, animal, que hería, que daba vergüenza. No, una pasión de corto recorrido era algo preferible; al fin y al cabo era algo más artificial, y por tanto más manejable.

El verdadero amor era algo intuitivo, algo peligroso y daba miedo. Todo eso era obvio, pero ¿por qué un hombre educado se ponía a sí mismo y a ella en evidencia? Estaba claro que Víctor no era más que un torpe, un idiota imprudente.

El color de la seda de las paredes rebajaba su ansiedad. Ella había sido educada para entender todas las normas del medio social, y para moverse en ellas como en un ámbito propio. ¡Pero era propio! No importaba el resto. La vida, el miedo a la pobreza y el fracaso, la soledad..., pero no, todo era una máscara, y solo con una máscara puede alguien desenvolverse en el juego.

Un estúpido lujurioso y enamorado era como una grieta, una hendidura por la que se colaba el ojo del mundo. Un hombre malo podía cumplir su parte, solo era cuestión de satisfacer su interés, lo cual en la mayoría de los casos era fácil. ¡Pero un necio! Eso era impredecible.

Con amargura, Ana había comprendido que Víctor quería vivir algo real, tener una amante... Pero en ese mundo lo real solo podía cumplirse con mentiras. Ella decidió esperar, dejó al niño al cuidado de Enedía, una leonesa fuerte como un buey, que protestó tímidamente por el uniforme con delantal que fue obligada a llevar, y con el que se encontraba ridícula. Y Ana se dedicó minuciosamente a querer a Víctor, jugando al amor y a la ternura durante un tiempo. Ana se dijo que estaba preparada para cuidar de él, mimarle y quererle durante el resto de su vida. Y perdonar sus frivolidades; ella era suficientemente fuerte y tenía algunas compensaciones.

En una cena, su suegro la había mirado con fijeza y había dicho:

—Ana, en un matrimonio hay uno que tira del carro y otro que va subido en el carro.

Ella lo comprendió, ella lo comprendía todo, lo perdonaba todo, y esperaba, y adquirió ante todos una dolorosa y placentera fama de mujer resistente y abnegada.